

# ENVEJECER NO ES VOLVERSE INVISIBLE: CÓMO LA EDUCACIÓN Y LA ATENCIÓN A ADULTOS MAYORES DEBEN COMBATIR EL ABANDONO SIMBÓLICO, LA INFANTILIZACIÓN Y LA EXCLUSIÓN COTIDIANA

MARÍA DEL REFUGIO GONZÁLEZ LOZANO

En muchas sociedades contemporáneas se repite una contradicción silenciosa: nunca antes habían vivido tantas personas hasta edades avanzadas y, sin embargo, pocas veces la vejez ha estado tan rodeada de invisibilidad simbólica. Envejecer, en teoría, debería ser una etapa más de la vida humana, tan legítima y compleja como cualquier otra. Pero en la práctica social cotidiana, el envejecimiento suele convertirse en un proceso de retirada involuntaria del espacio público, de pérdida de voz y de progresiva simplificación de la identidad de quienes llegan a esa etapa.

La figura del adulto mayor se encuentra atrapada entre dos representaciones igualmente problemáticas. Por un lado, se le retrata como una carga social, un sujeto dependiente cuya presencia está asociada principalmente a sistemas de salud, pensiones o cuidados. Por otro, se le envuelve en un discurso paternalista que aparenta respeto pero que, en realidad, oculta una forma sutil de despojo de autonomía. Bajo expresiones aparentemente amables “abuelitos”, “personitas mayores”, “hay que cuidarlos porque ya no entienden” se instala una narrativa que reduce a los individuos a una versión infantilizada de sí mismos.

Este fenómeno no es simplemente una cuestión de lenguaje o de sensibilidad cultural. Tiene consecuencias profundas en la forma en que se diseñan las políticas públicas, se organizan los servicios de atención y se estructuran los espacios educativos destinados a la vejez. La invisibilidad social de los adultos mayores no surge únicamente del abandono material; surge también de un abandono simbólico que limita su participación, empobrece su reconocimiento social y redefine su lugar en la comunidad.

Resulta necesario reconocer que la exclusión de los adultos mayores no siempre adopta la forma dramática del abandono físico o institucional. Con frecuencia se manifiesta de manera cotidiana, casi imperceptible: en decisiones que se toman sin consultarlos, en conversaciones en las que se habla sobre ellos en lugar de hablar con ellos, en servicios de atención que priorizan la gestión administrativa sobre la escucha real de las personas. Es en estos pequeños gestos donde se construye una cultura que, lentamente, empuja a quienes envejecen hacia los márgenes de la vida social.

La educación y los modelos de atención dirigidos a adultos mayores se encuentran en el centro de este problema. Más que simples servicios complementarios, representan espacios donde se define si la vejez será tratada como una etapa de continuidad vital o como un periodo de retirada social. En otras palabras, estos ámbitos tienen la responsabilidad de decidir si el envejecimiento será acompañado desde la dignidad o administrado desde la condescendencia.

Históricamente, las sociedades han desarrollado una relación ambivalente con la vejez. En algunos contextos tradicionales, las personas mayores ocupaban posiciones de autoridad moral o cultural, vinculadas a la transmisión de saberes y experiencias. Sin idealizar ese pasado, lo cierto es que existía una conciencia más clara de la continuidad generacional y del valor social del conocimiento acumulado.

La modernidad, en cambio, introdujo una reorganización radical de los criterios de valor social. La productividad económica, la velocidad tecnológica y la capacidad de adaptación constante se convirtieron en los parámetros dominantes para medir la relevancia de un individuo. En ese contexto, la vejez empezó a percibirse como una etapa de pérdida progresiva de esas capacidades consideradas centrales.

El resultado fue un desplazamiento cultural que todavía hoy condiciona muchas prácticas institucionales. El adulto mayor dejó de ser visto como portador de experiencia para convertirse, en demasiados casos, en usuario de servicios. Esta transformación no es trivial. Cuando una persona es definida únicamente por su condición de beneficiaria de atención, su identidad queda subordinada a un sistema que organiza su vida en términos de dependencia.

En el ámbito educativo, esta lógica ha generado modelos que, aunque bien intencionados, reproducen la infantilización que supuestamente buscan evitar. Actividades simplificadas, programas diseñados sin participación real de los propios adultos mayores y metodologías que subestiman su capacidad de reflexión o aprendizaje terminan consolidando una imagen empobrecida de la vejez.

La educación para adultos mayores no debería consistir en ocupar el tiempo libre de quienes han dejado el mercado laboral. Tampoco debería limitarse a ejercicios recreativos o talleres superficiales que asumen, implícitamente, que la capacidad de pensamiento crítico disminuye con la edad. Cuando la educación se reduce a entretenimiento, se pierde la oportunidad de reconocer a las personas mayores como sujetos activos de conocimiento.

El aprendizaje a lo largo de la vida implica aceptar que la curiosidad intelectual, la creatividad y la necesidad de participar en el mundo no desaparecen con los años. De hecho, numerosos estudios y experiencias educativas muestran que los adultos mayores pueden desarrollar nuevas habilidades, reinterpretar su experiencia vital y contribuir con perspectivas que las generaciones más jóvenes aún no han tenido tiempo de construir.

Pero para que esto ocurra es necesario modificar profundamente la forma en que se diseñan los espacios educativos. No se trata solo de ofrecer cursos o talleres, sino de construir entornos donde la experiencia acumulada tenga un lugar legítimo en el diálogo social. La educación en la vejez debe ser un espacio de intercambio, no de entretenimiento dirigido.

Algo similar ocurre en los sistemas de atención y cuidado. Muchas instituciones destinadas a adultos mayores operan bajo una lógica asistencial que, aunque necesaria en ciertos contextos de dependencia, termina extendiéndose a personas que conservan amplias capacidades de autonomía. El problema no reside en brindar apoyo, sino en hacerlo desde una posición que asume la fragilidad como identidad permanente.

La infantilización en los cuidados adopta formas aparentemente benignas. Se manifiesta en un lenguaje excesivamente protector, en decisiones cotidianas que se toman sin consulta previa o en actividades que presuponen que las personas mayores necesitan ser constantemente guiadas. Con el tiempo, estas prácticas pueden generar un efecto paradójico: cuanto más se intenta proteger, más se reduce el espacio de autonomía.

Este fenómeno tiene implicaciones psicológicas profundas. Cuando una persona es tratada de manera sistemática como incapaz de decidir o participar, puede terminar interiorizando esa expectativa social. La autonomía no desaparece únicamente por deterioro físico o cognitivo; también puede erosionarse cuando el entorno social deja de reconocerla.

A esto se suma la exclusión cotidiana que experimentan muchos adultos mayores en los espacios urbanos, culturales y tecnológicos. La digitalización acelerada de servicios, por ejemplo, ha creado nuevas barreras para quienes no han tenido acceso a formación tecnológica en etapas anteriores de su vida. Lo que para algunos representa eficiencia, para otros puede convertirse en una forma de aislamiento.

La brecha digital no es solo un problema técnico. Es también una manifestación de cómo la innovación suele diseñarse sin considerar la diversidad generacional de la sociedad. Cuando las interfaces, los sistemas de atención o las plataformas educativas ignoran las necesidades de los adultos mayores, se refuerza la idea de que el progreso pertenece exclusivamente a los jóvenes.

Frente a este panorama, la educación y la atención a adultos mayores deben asumir una responsabilidad ética más amplia. No basta con ofrecer servicios. Es necesario cuestionar las representaciones culturales que convierten la vejez en una etapa de invisibilidad social.

Combatir el abandono simbólico implica reconocer que el envejecimiento no borra la identidad de las personas. Cada adulto mayor es portador de trayectorias profesionales, historias personales, saberes prácticos y experiencias emocionales que forman parte del patrimonio social colectivo. Ignorar ese capital humano no solo empobrece la vida de quienes envejecen; también empobrece a la sociedad en su conjunto.

En este sentido, resulta imprescindible replantear la relación entre generaciones. La convivencia intergeneracional no debería limitarse a la esfera familiar ni a programas ocasionales. La presencia activa de adultos mayores en espacios educativos, comunitarios y culturales puede contribuir a desmontar estereotipos que reducen la vejez a una etapa de decadencia.

La educación intergeneracional permite reconocer que el conocimiento no fluye en una sola dirección. Los jóvenes aportan familiaridad con nuevas tecnologías y cambios culturales acelerados; los adultos mayores aportan perspectiva histórica, capacidad de análisis y una comprensión más amplia de los ciclos sociales. Cuando estas dimensiones se encuentran, el aprendizaje se vuelve más complejo y más humano.

Sin embargo, para que ese encuentro sea posible es necesario abandonar la idea de que la vejez debe gestionarse como un problema social. Durante décadas, gran parte del discurso institucional ha abordado el envejecimiento desde una lógica de costos, sostenibilidad financiera o presión demográfica. Aunque estos factores son relevantes, no pueden convertirse en el único marco de interpretación.

Reducir la vejez a una cuestión de gasto público contribuye a reforzar una percepción negativa que legitima la exclusión simbólica. Cuando la presencia de los adultos mayores se discute únicamente en términos de recursos, su valor social queda subordinado a cálculos económicos que ignoran su contribución cultural y comunitaria.

La sociedad contemporánea enfrenta un desafío demográfico que no puede resolverse únicamente con reformas administrativas. A medida que aumenta la esperanza de vida, también aumenta la necesidad de redefinir qué significa participar plenamente en la vida social a lo largo del tiempo. La longevidad no debería interpretarse como un problema que administrar, sino como una transformación que exige nuevas formas de convivencia.

En este contexto, la educación y la atención a adultos mayores deben convertirse en espacios donde se defienda activamente la dignidad de la vejez. Esto implica reconocer la autonomía siempre que sea posible, promover la participación real en la toma de decisiones y diseñar programas que partan de las capacidades de las personas, no de sus limitaciones.

También implica revisar críticamente las prácticas que, bajo la apariencia de cuidado, reproducen relaciones de poder desiguales. El respeto hacia los adultos mayores no puede expresarse únicamente en discursos institucionales o campañas de sensibilización. Debe reflejarse en la forma en que se les escucha, se les consulta y se les incluye en la vida cotidiana.

La verdadera medida de una sociedad no se encuentra únicamente en su capacidad para innovar o crecer económicamente, sino en la forma en que trata a quienes ya no encajan fácilmente en las narrativas de productividad y velocidad que dominan la cultura contemporánea.

Envejecer no debería significar volverse invisible. Sin embargo, mientras las instituciones educativas, los sistemas de atención y las prácticas sociales continúen reproduciendo la infantilización y la exclusión cotidiana, la vejez seguirá siendo tratada como una etapa de retirada silenciosa.

La pregunta que queda abierta no es únicamente cómo mejorar los servicios destinados a adultos mayores, sino si la sociedad está dispuesta a reconsiderar el lugar que otorga a la experiencia, a la memoria y a las voces que el tiempo ha vuelto más pausadas, pero no menos necesarias.